

Relaciones de género y proyectos de vida en la infancia y adolescencia chilenas

Departamento de Planificación y Estudios,
Servicio Nacional de la Mujer (Sernam)

Sabido es que las vocaciones y aspiraciones ocupacionales femeninas y masculinas se gestan desde los primeros años de vida escolar y son influidas por modelos transmitidos tanto en la familia como en la escuela. Es por ello que resulta relevante indagar en los factores y en los procesos que contribuyen a definir destinos laborales y sociales desiguales para ambos sexos, y en las barreras de índole cultural que subsisten y se reproducen en la escuela. Para ello es necesario indagar en cómo niños, niñas y jóvenes de ambos sexos internalizan los contenidos recibidos en la familia y en la escuela, y cómo dichos contenidos se han plasmado en sus proyectos de vida y posibilidades futuras.

El artículo que se presenta a continuación muestra algunos de los resultados obtenidos en el estudio "Análisis y detección de expectativas y proyecto de vida de niñas, niños y adolescentes".¹ En él se aplicó una encuesta a 1.500 estudiantes secundarios de ambos sexos y de diversos establecimientos educacionales de la Región Metropolitana, pertenecientes a los estratos socioeconómicos alto, medio y bajo. La información obtenida en la encuesta fue profundizada a través de quince grupos focales realizados al mismo universo de personas. Para conocer las opiniones de los alumnos de enseñanza básica, se aplicó un cuestionario a 150 niños y niñas de segundo y tercer año de educación básica de distintos establecimientos de la Región Metropolitana.

Los temas del estudio estuvieron centrados en las aspiraciones de niños y adolescentes en el ámbito educacional, laboral, de la conformación de pareja y las relaciones de género.

¹ El estudio en cuestión fue elaborado por un equipo de la Universidad de Chile dirigido por Sergio Vivanco, y sintetizado por Lorena Núñez y Marcela Segall por encargo del Servicio Nacional de la Mujer.

1. La infancia: un campo abierto a la equidad de género

En la primera infancia, los niños son como una pizarra en blanco. Muchas actitudes socializadas en este período perduran en la vida adulta. Por esto, la socialización formal debe permanecer atenta a la transmisión de prejuicios culturales y estereotipos sobre las diferencias de género. La educación debe estar planificada para asegurar el desarrollo de habilidades y aprendizaje de conocimientos en igualdad de condiciones para hombres y mujeres.

El proyecto de vida comienza a tomar forma en la infancia y se expresa como nociones primarias a través de las cuales el niño intenta aproximarse al mundo adulto. Las opiniones de los menores de 7 y 8 años no se encuentran mediadas por algún nivel de problematización, y no es aventurado considerarlas expresión más de emociones que de expectativas. Aun así, constituyen un dato de la realidad particular de la infancia, la que se va transformando sobre todo en la adolescencia. El planteamiento de estos menores frente a lo que les gustaría ser y hacer de grandes es lo que se expone a continuación.

1.1 Los agentes socializadores y la identidad de género

El proceso de socialización —es decir, los mecanismos por los cuales niños y adolescentes organizan su estructura de pensamiento y acción— tiene origen en el medio en el que se nace y se es criado, el cual forma y modela pautas y patrones con los cuales el individuo actúa en la sociedad. Al respecto, en la última década se han producido grandes cambios en la socialización infantil respecto de la crianza diferenciada de niñas y niños, ya que, en estos momentos, ambos son impulsados a orientarse también hacia el ámbito externo de la esfera familiar (estudios y trabajo). En ello inciden agentes socializadores como la familia, la escuela, los medios de comunicación, entre otros.

La familia

El principal agente de socialización en niños y niñas, es la familia. En este ámbito, las niñas y niños encuestados reflejan la influencia del modelo familiar tradicional. Así, por ejemplo, en relación con la situación familiar en la que se proyectan en el futuro, el 78 por ciento de ellos declara querer casarse, aunque las niñas expresan menor interés en ello que los niños (74 y 80,6 por ciento respectivamente); confirmando esta tendencia, las niñas superan a los niños entre quienes declaran que no desean casarse.

Al interior de la familia, la principal agente de socialización para las niñas es la madre, que aparece como la interlocutora válida para ellas cuando quieren conversar sobre las cosas que les gusta hacer (27,8 por ciento). Entre los niños, en cambio, la madre tiene una preferencia bastante menor (19,7 por ciento). En relación con el padre, las cifras de ambos sexos se acercan: las niñas lo prefieren en un 19 por ciento y los niños en un 16,5 por ciento. Resulta significativo el alto porcentaje de niños (31 por ciento) que prefiere conversar de lo que les gusta con sus amigos, comparado con la preferencia expresada por las niñas (16,5 por ciento).

Los niños de ambos sexos señalan mayoritariamente a la madre como quien los acompaña y monitorea en el proceso escolar, con un porcentaje mayor entre las niñas (43,8 por ciento) que entre los niños (36,9 por ciento). Niños y niñas mencionan en segundo lugar al padre (20,2 por ciento las niñas y 22,6 por ciento en los niños).

En relación con sus proyectos para “cuando sean grandes”, la madre es nuevamente el referente principal, preferida por las niñas en un 36 por ciento y por los niños en un 25 por ciento. El padre es un referente para ambos sexos en un porcentaje similar: en las niñas tiene una presencia de 20,9 por ciento y en los niños de 23,7 por ciento. Asimismo, a niñas (14 por ciento) y niños (14,5 por ciento) les gusta planificar su vida conversando el tema con los hermanos y hermanas.

Si se trata de conversar acerca de los problemas, se observan diferencias sustanciales en las preferencias de niñas y niños, constituyendo la relación con el padre del mismo sexo un mecanismo relevante de enfrentamiento de las dificultades infantiles. Así, mientras 52,5 por ciento de las niñas prefiere conversar con la madre, solo 35,7 por ciento de los niños manifiesta esa preferencia. En el caso del padre la tendencia se revierte, ya que los niños lo prefieren en un 31,6 por ciento y las niñas solo en un 19,2 por ciento. Por último, los niños expresan mayor preferencia por los amigos y amigas a la hora de escoger con quién conversar acerca de los problemas (20,4 y 13,1 por ciento respectivamente).

Los datos presentados permiten afirmar que se percibe un mayor desarrollo de la sociabilidad en los niños, que desde muy pequeños tienden a establecer vínculos fuera de la familia, mientras las niñas se afianzan mayormente en su interior.

Agentes externos

En relación con la influencia de modelos presentados en los medios de comunicación, el que más influye a los niños es el de futbolista, mientras que las niñas no expresan interés por emular ningún modelo femenino. No es posible afirmar si la televisión no tiene la misma influencia en las niñas, o si estas no se identifican con los modelos que se proponen para ellas. En efecto, las figuras femeninas que se presentan en los medios de comunicación suelen ocupar los roles secundarios que las mujeres desempeñan en la sociedad, y aparecen discordantes con las expectativas de desarrollo profesional y público que han expresado estas niñas.

Respecto de las percepciones sociales que tienen en relación con las diferencias de género, en general los niños y niñas encuestados opinan que en las niñas existen dos habilidades reconocidas abiertamente: coser y dibujar. A su vez, tanto niñas como niños consideran a los hombres más aptos para el deporte, actividades de fuerza como cortar madera y cierta competencia en las matemáticas, por lo tanto en el pensamiento lógico. En la computación reconocen habilidades similares a ambos sexos.

Finalmente, al considerar tres indicadores de socialización de actitudes —organización de actividades, participación en clases y conductas asociadas con las habilidades sociales—, podemos concluir que las diferencias entre los sexos son mínimas; en efecto, el análisis de sus respuestas muestra que respecto a la participación en la organización de actividades, las niñas lo hacen en un 45,5 por ciento y los niños en un 50 por ciento. En cuanto a la participación en clases, la mayoría (92 por ciento) es activo, siendo mínimas las diferencias porcentuales entre niñas y niños (94,8 por ciento y 90,3 por ciento, respectivamente). En las conductas asociadas con habilidades so-

ciales, un 57 por ciento presta sus cuadernos. Sin embargo, en un porcentaje que no es menor (43 por ciento), hay quienes no demuestran generosidad y sí manifiestan individualismo. La solidaridad es más manifiesta entre las niñas (61,8 por ciento) que en los hombres (51,4 por ciento).

De acuerdo con lo anterior, es posible afirmar que en estas edades las diferencias de género se manifiestan solo de manera incipiente.

1.2 Proyecto de vida

Respecto del proyecto de vida y el ejercicio de los roles en el futuro, en su gran mayoría los niños y niñas (74 por ciento) se visualizan fuera de la casa “cuando sean grandes”. Esta idea es importante, pues denota un proceso de cambio respecto al modelo tradicional de familia, en el cual la mujer permanece en casa y es el hombre quien se desempeña en el ámbito público. Este cambio se confirma en las opiniones del grupo de los y las adolescentes, que se presentarán más adelante.

En relación con la formalización de un proyecto de estudios y trabajo, niñas y niños consideran importante estudiar para “trabajar en lo que quiero” (44,9 por ciento), para ganar plata” (29,3 por ciento) y para “ser independientes” (14,6 por ciento).

Dentro de las actividades que les gustaría desempeñar cuando grandes, se distinguen cuatro grupos en los cuales niños y niñas se proyectan, y que están relacionados con las imágenes y modelos más cercanos. La principal de esas actividades corresponde al área artística-creativa, con menciones como bailarina, pintor/a, actor, actriz, cantante y dibujante. El siguiente grupo está constituido por las profesiones médicas, un tercero abarca deportes y, finalmente, un cuarto grupo integra la docencia.

Para su vida adulta, las niñas optan, con las tres primeras preferencias, por carreras tradicionales: doctora, profesora y veterinaria (cada una de ellas con 10 por ciento), seguidas por oficios como cantante (8,1 por ciento) y secretaria (5,6 por ciento). Los niños expresan como muy deseable llegar a ser futbolistas exitosos: alrededor del 20 por ciento desea ser profesional de este deporte. En mucho menor medida desean ser médicos (6,8 por ciento) y arquitectos (5,1 por ciento).

2. La adolescencia: cuando modelamos la identidad de género

Este es el segundo momento de desarrollo que se observó a través del estudio, en el cual las diferencias en los proyectos de vida de los seres humanos comienzan a hacerse más evidentes.

2.1 Los agentes socializadores y la identidad de género

En la adolescencia, se produce una ampliación de los mecanismos de socialización en relación con los patrones de comportamiento, entre los cuales podemos mencionar la escuela, los pares y amigos, el medio social y los medios de comunicación.

La familia

El principal agente que influye en la visión de las adolescentes acerca de su vocación y proyecto laboral y de la posición de la mujer en la sociedad chilena en la actualidad sigue siendo la familia. En los estratos socioeconómicos bajo y medio se detecta una clara intención de parte de los padres de generar cambios en la posición socioeconómica de hijos e hijas con relación a su propia situación social. El cambio se orienta hacia el progreso económico y se fundamenta, si bien no explícitamente, en una actitud crítica hacia la condición secundaria que ocupan las mujeres en nuestra sociedad. Los padres buscan que sus hijos “sean alguien”, independientemente de su sexo. Y en este aspecto, ha perdido fuerza en los padres la idea de que la educación debe ser prioritaria para los hijos hombres.

En tanto hijos e hijas han internalizado el proyecto de alcanzar una profesión, las adolescentes en su gran mayoría buscan “ser alguien”, “ser independientes”, llegar al autosustento y al de sus hijos para enfrentar la eventualidad de un quiebre del proyecto de pareja; aun cuando esto no suceda, valoran de igual manera la independencia económica como una herramienta necesaria para desenvolverse en la vida. El estudio y la obtención de un título profesional constituyen una meta claramente deseada en los estratos socioeconómicos alto y medio. Por su parte, hombres y mujeres del estrato socioeconómico bajo plantean el trabajo como meta alternativa frente a la falta de medios económicos que les impidan continuar estudios superiores y desarrollarse en la vocación. Sin embargo, el trabajo sin especialización no es deseado, porque se lo considera mal remunerado y con escaso reconocimiento social.

En cuanto al apoyo familiar para estudiar lo que quieren, casi la totalidad de las adolescentes y los adolescentes afirma contar con el apoyo de sus padres (97,4 por ciento). La respuesta refleja la desaparición paulatina de la postergación educacional de las mujeres, observándose un incremento notorio del apoyo dado a las mujeres en los aspectos que involucran su futuro profesional y económico.

En todos los estratos socioeconómicos, la figura materna es percibida como más accesible. La proporción de adolescentes que hablan solo con la madre es de un 11,8 por ciento en el estrato alto; 15,2 por ciento en el medio y 20,3 por ciento en el bajo, lo que muestra que a medida que se desciende en la escala social, aumenta la tendencia a confiar más en la madre que en el padre o en otros familiares. Por otra parte, la cantidad de adolescentes que confía en ambos padres para hablar de sus estudios va disminuyendo significativamente a medida que se desciende en el estrato de pertenencia.

Existe una mayoría relativa de adolescentes que da importancia a los hermanos en el proceso de toma de decisiones en el futuro (52,9 por ciento); es mayor la influencia de los hermanos y hermanas en las mujeres (57 por ciento) que en los hombres (48,3 por ciento), aunque las diferencias no son significativas.

Respecto a la socialización y la familia de origen, en las familias de las y los adolescentes que participaron en el estudio las diferencias entre los roles de hombres y mujeres son marcadas, independientemente de que la madre trabaje o no fuera del hogar. Se mantiene la concepción respecto a que las labores domésticas son “cosa de mujeres”, razón por la cual las y los adolescentes perciben que cualquier labor doméstica que asuman ellos o los padres en la casa es “ayudar a la mamá”.

Se constata, sin embargo, importantes diferencias entre los diversos niveles socioeconómicos. La tendencia general, y que es más notoria en los estratos medio y bajo, indica que las madres son las responsables últimas de las labores hogareñas. En el estrato socioeconómico alto es posible observar que, aunque las madres en su mayoría trabajan en forma remunerada y tienen empleada para las labores de la casa, siguen siendo ellas las responsables de la marcha del hogar. No obstante, los jóvenes de este sector asumen un mayor grado de responsabilidad en el ámbito doméstico que sus progenitores, al considerar que “el trabajo compartido es lo más justo”, actitud que contrasta con la de los adolescentes de los otros estratos. En los estratos medio y bajo, la madre es una figura más presente; y en los casos en que la madre no trabaja fuera del hogar, se acentúa la imagen diferenciada de padre proveedor/madre responsable de la casa.

Sin embargo, es necesario destacar que en todos los estratos aparecen ejemplos de valoración de la igualdad y el trabajo compartido. Las adolescentes entrevistadas perciben como una injusticia que se les asignen a ellas más tareas domésticas que a sus hermanos o que los padres no participen en estas actividades.

Pese a la tendencia hacia la igualdad mostrada por los y las adolescentes, la distinción de género en la socialización es una realidad visible en los tres segmentos, tanto en hombres como en mujeres. El resultado del estudio muestra que la figura paterna frecuentemente aparece como la autoridad, la fuerza, el que impone las reglas; la figura materna, por el contrario, aparece como cariñosa, suave, comprensiva y protectora y mucho más débil frente a la influencia del padre. A pesar de que hay opiniones disidentes, la mayoría de los y las adolescentes considera que los hijos varones están más cercanos al padre e influidos por él y las hijas más cercanas a la madre. Este hecho es visto como algo natural, asociado a lo que se considera afinidad de caracteres, así como a la confianza intra-géneros: hay temas “de hombre” y temas “de mujer”.

Los y las adolescentes asignan la responsabilidad en las diferencias culturales entre los sexos a la madre, puesto que, en su opinión, es ella quien transmite pautas discriminatorias durante la crianza. Si bien son los hombres los que usufructúan de la discriminación, ellos no se consideran responsables de la reproducción de ese patrón conductual, y las conductas del padre no son vistas como reproductoras de los patrones de comportamiento prejuiciados y discriminadores. En este marco, la mujer es percibida al mismo tiempo como afectada y responsable de la discriminación.

Agentes externos

Un agente de cambio relevante después de la familia, a través del cual se transmite la visión de la mujer y que ha ido ganando espacios en la sociedad, es el medio social en el cual actúan e interactúan los y las adolescentes. Allí se observa a las mujeres desempeñándose en campos laborales que antes eran dominio exclusivo masculino, como por ejemplo chofer de metro. A partir de estos y otros modelos externos, se ha asentado en las adolescentes la visión respecto a que las mujeres se han ganado gradualmente el respeto y estima social, compitiendo codo a codo con los hombres. Consideran que son las mujeres en la vida cotidiana las que han influido en el cambio de actitudes, modificando escenarios para la inserción y desarrollo del género femenino en

contextos diversos y constituyéndose en agentes y modelos de igualdad y superación de la histórica sumisión frente al hombre.

Respecto a la presencia e influencia de la escuela y los profesores en la estructuración del futuro laboral y profesional de los y las adolescentes, se constata un alto porcentaje (54 por ciento) que nunca ha recibido orientación de parte del colegio. Es notorio lo poco eficaz que resultan los medios con que cuenta el sistema educacional para cumplir la labor de orientación vocacional de los adolescentes. La escasa relevancia del colegio como instancia orientadora en esta etapa, hace que, por su poca efectividad, los y las adolescentes se vean en la necesidad de buscar por su propia cuenta la información que les ayude a tomar una decisión acerca de su futuro educacional.

Esta situación es diferente en el estrato socioeconómico bajo, en el cual la labor orientadora es más efectiva, pues la escuela suple la falta de orientación de los padres; al respecto, las y los adolescentes sienten que pueden lograr un apoyo más efectivo de sus profesores, dado que estos tienen un nivel educacional mayor que sus padres. Desde el punto de vista de las distinciones de género, se aprecia en las mujeres una tendencia más marcada que en los hombres a considerar el colegio como una instancia que se preocupa de su futuro estudiantil y laboral.

Cabe destacar que un 66 por ciento de las mujeres da importancia a la influencia de los amigos en los planes de vida futura, lo que implica una mayor valoración de los mismos en comparación a los adolescentes, los que consideran la opinión de los amigos en sus proyectos a futuro solo en un 50,6 por ciento. Finalmente, 11,5 por ciento de las y los adolescentes prefiere hablar de estudios con sus amigos, lo que señala una importancia relativa del grupo de pares.

De los aspectos tratados, destaca la variabilidad que se produce en la demanda de orientación de uno u otro agente de socialización, según cuál sea el tema y el estrato socioeconómico de pertenencia. Sin embargo, si se analiza el grado de influencia, se concluye que el principal agente de socialización en el proyecto de vida juvenil de mujeres y hombres es la propia familia. En cuanto al rol del sistema educacional, en forma casi indiferenciada por sexo y por estrato socioeconómico, los profesores solo adquieren importancia cuando se trata de estudios; en los demás tópicos prácticamente no figuran, y no influyen en el proyecto de vida de pareja.

2.2 Proyecto de vida

El proceso destinado a materializar el proyecto de vida en la edad adulta comienza en la adolescencia. De allí que el énfasis de este estudio esté puesto en las características que asume este proceso en las y los adolescentes de nuestro país. Los ámbitos del proyecto que se analizan en el presente estudio son el estudio, la relación de pareja y el trabajo.

Estudio

La educación formal es la primera fase en la construcción del proyecto de vida adulto, ya que el proceso educativo entrega a los y las adolescentes los instrumentos que les permitirán construir su destino personal y desenvolverse como adultos. Es el mecanismo que la sociedad dispone para otorgar a los jóvenes la oportunidad de for-

marse y desarrollar sus habilidades y capacidades; se trata de un elemento insoslayable para construir el proyecto de vida, y es considerado así por la globalidad de los adolescentes y sus familias.

Los estudios constituyen, entonces, una etapa imprescindible de cumplir, y la base mínima por lograr es el nivel medio; sin embargo, un alto porcentaje de los jóvenes tiene expectativas de continuar con estudios superiores.

Los adolescentes como colectivo piensan que tanto hombres como mujeres son igualmente hábiles para todas las materias; sin embargo, se mantiene en algunos hombres cierta tendencia a atribuirle a ese género mayores habilidades para las matemáticas y el deporte, mientras que a las mujeres se les atribuye mayores habilidades para materias relacionadas con el lenguaje y los idiomas, arte y manualidades. Se trata de un dato de relevancia del presente estudio: la tendencia a considerar que existe igualdad de capacidades y potencialidades entre hombres y mujeres se presenta manifiestamente en las mujeres, rasgo que las diferencia de los hombres.

Si bien para mujeres y hombres el trabajo posee un sentido que apunta principalmente hacia el desarrollo, la autonomía personal y el logro de objetivos individuales, los hombres, a diferencia de las mujeres, le otorgan un papel muy relevante al ingreso proveniente del trabajo. El segundo lugar lo ocupa el rol de proveedor que, suponen, se espera de ellos. Las primeras tres razones aducidas por los hombres en relación con el trabajo son: "alcanzar mis metas y sueños", "ganar dinero" y "ser independiente/ autónomo". Para las mujeres, en cambio, las tres razones más importantes son: "alcanzar mis metas y sueños", "ser independiente/autónoma" y "realizarme como persona".

Respecto a la educación formal, existe en las y los adolescentes una actitud positiva frente a la función que ella cumple; como se señalaba anteriormente, es considerada una estrategia necesaria para alcanzar metas y lograr objetivos personales, sociales y económicos.

Tanto mujeres como hombres desean principalmente continuar estudiando después de terminada la educación media. Sin embargo, en las mujeres el deseo de continuar estudios superiores en la universidad o en un instituto de educación superior es más marcado que entre los hombres (66 y 57 por ciento respectivamente). Respecto a la posibilidad de estudiar una carrera técnica, ello es una opción para el 19,4 por ciento de los hombres y el 19 por ciento de las mujeres, independientemente del tipo de colegio del que hayan egresado.

Un aspecto que expresa diferencias entre hombres y mujeres adolescentes se refiere a la valoración del trabajo: los hombres valoran el trabajo como actividad y como medio para ser exitosos laboral y económicamente, mientras que las mujeres valoran más los estudios y la realización personal en lo intelectual. El porcentaje de mujeres que desea continuar estudios superiores es más alto que en los hombres en todos los estratos, elemento que estaría explicando la tendencia, que ya se detecta en cuanto a que se retarda el matrimonio, dejando de tener la centralidad que tenía en generaciones anteriores, lo que expresa un cambio en el proyecto de vida.

La incidencia de factores como el dinero, el prestigio y el desarrollo de capacidades individuales en la elección de una carrera profesional es distinta en los diferentes estratos socioeconómicos. Para la mayoría de las y los adolescentes del estrato socioeconómico alto, la educación superior es fundamentalmente un medio para de-

sarrollar las capacidades individuales. En tanto ello es así, el dinero, el estatus y el prestigio son factores secundarios en la elección futura, a diferencia de lo que sucede en el estrato medio, donde la consideración de los ingresos provenientes de una u otra carrera es importante a la hora de las opciones laborales, y no así el prestigio. Por su lado, las y los adolescentes del estrato bajo valoran tanto los ingresos como el prestigio que otorga una carrera, lo que se explica obviamente por la relevancia del ascenso social que se logra mediante la educación.

Un dato interesante de conocer es que el objetivo de “desarrollar mis capacidades intelectuales”, que cuenta con un 77,6 por ciento de respaldo entre los adolescentes de nivel socioeconómico alto, se transforma en la última prioridad de los adolescentes del nivel socioeconómico bajo, que le otorgan solo un 45,3 por ciento. Mientras la primera prioridad de los adolescentes del estrato socioeconómico bajo es “prepararse para una profesión u oficio” (71,4 por ciento), esa es, a su vez, la segunda prioridad para el estrato socioeconómico alto (74,7 por ciento).

En el análisis por sexo, se aprecian notables diferencias en la preferencia por actividades y profesiones. El porcentaje más alto de preferencias por profesiones relacionadas a la matemática aparece en los hombres, con un 43,1 por ciento, en comparación con el 12,2 por ciento de las mujeres. Constatar los estereotipos de género subyacentes en estas preferencias nos permite afirmar que la socialización escolar adquiere una gran importancia en las opciones de las y los adolescentes. Este estudio demuestra que la percepción de que las matemáticas son de difícil comprensión para las niñas comienza en el proceso de socialización en la temprana infancia.² Esto limita a las niñas para competir en igualdad de condiciones por carreras profesionales vinculadas a las matemáticas, las que, en general, tienen las remuneraciones más altas del mercado laboral.

Por su parte, el 33,3 por ciento de las mujeres expresa tener preferencias por profesiones vinculadas a las ciencias sociales, mientras que solo un 19,5 por ciento de los hombres se inclina por esta área. Se aprecia también en las mujeres una mayor diversidad en las preferencias de profesión, lo que contrasta con la alta concentración de preferencias en el área matemática expresadas por los hombres.

Un elemento importante de destacar es la contradicción que se detecta entre vocación y elección laboral, fenómeno que se constata tanto en los hombres como en las mujeres, pero con diferencias cualitativas. Las mujeres del estrato socioeconómico alto se acercan mucho más tímidamente que los hombres al tema de la vocación, no llegando a plantear tan claramente como los varones del mismo estrato las contradicciones y/o injusticias del sistema. Más bien ellas se autolimitan, negando de plano cualquier posibilidad de estudiar aquello que les gustaría pero que no tiene mayor futuro económico.

Las mujeres pueden llegar a estar tan presionadas como los hombres por realizar estudios superiores. Sin embargo, el principal motivo manifestado por ellas apunta al logro de un estatus social y económico que les permita ser autónomas, no tener que

² El porcentaje de niñas que considera que las matemáticas son la asignatura más difícil, es casi el doble del porcentaje de niños que tiene la misma opinión (47,4 y 27,8 por ciento, respectivamente).

depender de otra persona, especialmente del marido, y obtener cierto reconocimiento social, lo que llaman “ser alguien en la vida”. Estas motivaciones son relativamente homogéneas en los tres estratos y se diferencian consistentemente de las de los hombres.

Constitución y relaciones de pareja

Los resultados del estudio muestran que la mayoría de las y los adolescentes de los distintos estratos (68 por ciento) tiene el matrimonio entre sus planes de futuro y no se detectan diferencias por sexo. A pesar de esto, hay una cuota importante de adolescentes para quienes el permanecer soltero constituye una situación deseable (17,8 por ciento de las mujeres y 14,5 por ciento de los hombres). Por su parte, la convivencia como parte del proyecto de vida es una opción para un 12,3 por ciento de mujeres y un 15,3 por ciento de hombres, puesto que la conciben como medio de interacción y conocimiento con el otro en una relación muy distinta al pololeo.

Desde el enfoque psicosocial, tanto el permanecer soltero como el convivir representan formas alternativas de integración social al mundo adulto. Mientras el estrato socioeconómico alto opta en clara mayoría por el matrimonio (80,9 por ciento), en el estrato socioeconómico bajo esta tendencia disminuye (60,7 por ciento). El menor porcentaje del estrato bajo que opta por el matrimonio se podría explicar por las dificultades económicas y la inseguridad que se genera para sostener una familia.

Las y los adolescentes declaran una clara intención en cuanto a procurar igualdad en los deberes y derechos de hombres y mujeres en una pareja. En sus planteamientos, ambos sexos se muestran partidarios de la comunicación en la pareja, ámbito en el cual señalan la importancia de cada uno, independientemente de la actividad a la que se dediquen.

Si bien se observa una tendencia general a compartir las tareas domésticas con la pareja, entre los adolescentes esta opción pierde fuerza, puesto que se restan a la posibilidad de participar igualmente, feminizando por autoexclusión algunas actividades domésticas. Esta situación se genera especialmente respecto al cuidado de los niños, la alimentación, limpieza, actividades de la casa, cocinar y hacer el aseo. El 31,2 por ciento de los adolescentes, frente a la pregunta “¿Cuánto participarás tú en las tareas domésticas?”, respondió: “Participaré menos que mi pareja”.

Pese a esto, la mayor parte de los y las adolescentes (72,3 por ciento) afirma no estar de acuerdo con la concepción cultural según la cual que el hombre no debe participar de las tareas domésticas. Se observan, sin embargo, grandes diferencias de opinión entre hombres y mujeres: el porcentaje de mujeres que se opone a la afirmación es mucho más elevado (82,4 por ciento) que el porcentaje de hombres que también lo hace (60,8 por ciento). Además, el rechazo es mayoritario y con mayor fuerza en los niveles socioeconómicos alto y medio. En los tres estratos socioeconómicos es posible observar la tendencia hacia la igualdad en la distribución de las tareas domésticas en la pareja (63,2 por ciento). Sin embargo, la “fuerza” de esta tendencia decrece sostenidamente a medida que se desciende en la escala social.

Sin duda, los patrones tradicionales de comportamiento frente a los roles de género continúan teniendo una alta prevalencia en los sectores de menores ingresos, por lo que es importante reflexionar en el rol que juega la escuela en el cambio cultural, base del cambio en las relaciones entre los géneros. Si la escuela se margina de

estos temas, reafirma conductas basadas en roles tradicionales, contribuyendo en forma significativa a perpetuar las desigualdades entre hombres y mujeres.

Respecto a la situación planteada en la encuesta: “En una pareja de casados, el hombre puede tomar decisiones solo y la mujer no lo puede hacer”, se aprecia que una contundente mayoría de adolescentes (87,7 por ciento) discrepa con esta afirmación. Sin embargo, el rechazo es mucho más marcado entre las mujeres (96,9 por ciento) que entre los hombres (77,3 por ciento), lo que permite afirmar que la demanda por igualdad entre ambos sexos es fundamentalmente femenina.

La formación de pareja involucra el nacimiento de los hijos en algún momento de la relación. Esta situación es socialmente reconocida como la formación de una familia propia y considerada una etapa fundamental de la vida adulta, que involucra asumir un conjunto de responsabilidades junto a la capacidad de constituir y mantener una familia. Para los adolescentes, la descendencia y el número de hijos deseados están asociados con la estabilidad laboral y el nivel de ingreso futuro que les permita sustentar el desarrollo pleno de las potencialidades de los hijos en los planos psicológico y social.

Por estrato socioeconómico, existen diferencias sustantivas acerca de la descendencia deseable. La percepción del número de hijos deseados está vinculada con las posibilidades económicas de cada estrato socioeconómico.

Los resultados obtenidos en este estudio muestran que para los hombres jóvenes está teniendo una creciente importancia participar en forma más activa e igualitaria en el cuidado de los hijos (61,1 por ciento). Sin embargo, las mujeres en general tienden a pensar que el cuidado de los hijos es una responsabilidad que les corresponde específicamente a ellas. Por niveles socioeconómicos también hay ciertas diferencias, presentándose un poco más alta la tendencia a la participación igualitaria en el estrato socioeconómico medio.

Una amplia mayoría de los adolescentes de los tres segmentos socioeconómicos afirma que participará en la misma medida que su pareja al momento de jugar con los hijos, conversar de sus problemas y entregarles cariño (casi 70 por ciento en los estratos alto y medio y 73,6 por ciento en el bajo). Esto muestra que los hombres se sienten estimulados a ejercer la paternidad especialmente a través de los juegos. Los resultados encontrados hacen ver que la actitud de los hombres contrasta con la observada en mujeres, ya que la gran mayoría de ellas desea una participación igualitaria, pero no se “entusiasma en exceso” por participar activamente en los juegos infantiles.

La mayoría de las y los adolescentes no está de acuerdo con la afirmación de que es el hombre quien debe mantener económicamente la casa; el rechazo a esta afirmación no es absoluto y solo llega al 54,4 por ciento. Junto a esto, cabe destacar que el porcentaje de adolescentes que no están ni de acuerdo ni en desacuerdo alcanza a un 22 por ciento; en relación a este tema es posible reconocer que, si bien hay un intento por alejarse de actitudes tradicionales, aún no se ha conformado totalmente una postura alternativa. A pesar de lo anterior, los resultados parecen indicar, especialmente en el caso de los hombres, que persiste la creencia respecto a que el rol masculino por “naturaleza” es el de proveedor. El porcentaje de adhesión a afirmaciones del tipo; “él debe siempre trabajar”, “debe ganar más que su mujer”, “debe hacerse cargo de la

manutención económica general de la esposa y de los hijos” permiten concluir lo que se ha señalado.

A los hombres les interesa mucho que sus parejas se dediquen a una actividad laboral y que, además, tengan éxito en ella. La afirmación respecto a que la mujer “tenga una profesión que le asegure su tranquilidad e independencia económica” cuenta con un 75 por ciento de apoyo y la referida a que “alcance el éxito profesional y se realice como persona” tiene un 90 por ciento. Sin embargo, en la mayoría de los adolescentes no se aprecia el mismo interés en relación con la autonomía económica que esta actividad podría brindarle a su pareja. Tal tendencia aparece asociada a la necesidad de los hombres de cumplir su rol de proveedor en la familia en forma exclusiva, ejerciendo aquella cuota de poder que esta situación genera al interior de la pareja. A pesar de la vacilación de los adolescentes en este punto, es necesario tener presente que, en su discurso, la mayoría de los hombres desea que las mujeres se realicen profesionalmente.

Los estratos alto y medio sostienen una actitud más “moderna” y flexible respecto a los roles de hombres y mujeres. Así, los adolescentes de estos estratos apoyan una mayor flexibilización de los roles femeninos y masculinos y, además, conciben una participación más igualitaria de ambos sexos tanto en el mundo laboral como al interior de la familia. Es en el estrato socioeconómico bajo donde tiende a primar el concepto tradicional.

Una primera aproximación al discurso de los adolescentes muestra, entonces, una tendencia a la igualdad y paridad respecto de los roles femenino y masculino; sin embargo, los rasgos tradicionales están presentes, particularmente en lo que se refiere a la distribución de los roles, en donde surge un perfil masculino más bien clásico. En cada uno de los estratos socioeconómicos es posible observar la presencia de un factor frente al cual aparecen las contradicciones. Los hombres del estrato más alto asumen que las labores cotidianas en el hogar deben ser compartidas. La contradicción aparece frente a la llegada de los hijos, cuya presencia altera la actitud favorable a la igualdad en la distribución de las tareas doméstica. Los hombres de este estrato resuelven el problema asumiendo una actitud progresista al respecto, que se expresa en la disposición a negociar acerca de la jornada laboral de la mujer y, por esta vía, resolver la tensión entre la crianza de los hijos y la realización personal a través del trabajo remunerado. En una situación de ese tipo, los adolescentes no expresan su disposición a asumir la mayor parte de las obligaciones que esto trae consigo; en efecto, ante las distintas alternativas para reemplazar a la madre en la crianza, se menciona a las abuelas o empleadas.

Por su parte, las mujeres del estrato medio observan una actitud más consistente que la de los hombres, cuyas opiniones están más marcadas por la contradicción. Parte de los hombres de este grupo considera que el rol de la mujer ya no se encuentra en el hogar y que ella debe integrarse al campo laboral, si esa es su decisión. Sin embargo, la apertura está condicionada a la aprobación del hombre al trabajo de la mujer y no constituye para los adolescentes una decisión femenina autónoma.

A pesar de lo dicho anteriormente, se sigue considerando el trabajo en la casa como más propio de las mujeres, pues, enfrentados a la situación de quedarse ellos en el hogar, esgrimen argumentos que dejan entrever la creencia de que ello no es una faceta natural del hombre y sí lo es de la mujer.

En el estrato bajo, se tiende a considerar, junto con sostener una actitud igualitaria, que las labores domésticas son fundamentalmente femeninas. En este grupo, se deja entrever que la mujer puede asumir más labores de las que ya venía asumiendo: además del trabajo doméstico, el trabajo remunerado, sin que ello signifique que los hombres deban modificar sus responsabilidades.

Trabajo

Para las y los adolescentes, la educación y el trabajo tienen un protagonismo central en su proyecto futuro. En efecto, el 95 por ciento de las mujeres considera que tener una profesión que asegure la tranquilidad e independencia económica es un objetivo atractivo. Por su parte, el 94 por ciento de los hombres opina que alcanzar el éxito profesional, realizarse como persona y contar con un trabajo compatible con la vida familiar, constituyen elementos centrales de su proyección como adultos.

En general, las y los adolescentes le otorgan al trabajo un sentido eminentemente personal y no perciben con igual nitidez el trasfondo social que este tiene. El desempeño de una labor remunerada se considera principalmente como un medio para alcanzar objetivos y cumplir sueños individuales y fomentar el propio desarrollo y autonomía. Sin embargo, la motivación frente al trabajo es distinta según el estrato social de que se trate: la motivación económica y de logro de estatus social está presente en el estrato bajo, mientras en los estratos socioeconómicos medio y alto se manifiesta más claramente la idea de asegurar un ingreso económico adecuado, además de la realización personal.

La idea del trabajo como una herramienta que otorga independencia se encuentra fuertemente presente en el discurso de las mujeres, siendo esta una de las principales razones para trabajar. Esta independencia, no obstante, tiene énfasis diferentes según el nivel socioeconómico del adolescente. Mientras las mujeres del estrato alto hablan de lograr una independencia de los padres para contar con su propio dinero, las mujeres de los otros estratos tienden a asociar el trabajo como una fuente de independencia en relación al marido, asignándole la función de salir del círculo de la sumisión y la dependencia. A la vez, las adolescentes de los estratos alto y medio asocian el trabajo principalmente a una oportunidad de contribuir a la estabilidad económica en la pareja, lo cual sería un componente importante para mantener la relación y lograr la felicidad. En el estrato bajo, en cambio, el factor económico adquiere mayor urgencia, por cuanto el trabajo es visto como una necesidad básica para sostener la familia.

Otras razones ligadas al trabajo, como el desarrollo personal y la realización personal, son minoritarios y no revisten gran importancia. Incluso en el estrato alto, el tema de la vocación es dejado de lado en favor de otras motivaciones, como la económica.

Las y los adolescentes declaran mayoritariamente su intención de trabajar en jornada completa mientras aún no tengan hijos; pero al llegar estos, el proyecto cambia bruscamente como resultado de la búsqueda por compatibilizar la vida laboral con la vida familiar. Es importante señalar que, al menos en la teoría, encontramos en ambos sexos, en los tres niveles socioeconómicos y en proporciones relativamente similares, una predisposición a la posibilidad de tener en el futuro un horario de tra-

bajo en jornada parcial para las mujeres. Esto demuestra la preocupación e interés de parte de estos adolescentes por intentar compatibilizar la jornada laboral con el tiempo disponible para la vida familiar; sin embargo, esta solución se visualiza fundamentalmente como un proyecto femenino.

Por otra parte, a la hora de escoger cuál de los miembros de la pareja sea exitoso, las mujeres prefieren que sea el marido y están dispuestas a entregar el tiempo y el apoyo necesario para que sus parejas se realicen profesionalmente. Este dato refleja cierta inconsistencia en el discurso de las adolescentes respecto a su proyecto personal, ya que coexisten en esta área valores que se pueden considerar de cambio, con otros más bien tradicionales. Así, el mayor rechazo que provoca ser solo dueña de casa se da entre las mujeres del estrato socioeconómico medio y en menor proporción en las mujeres del nivel alto. Para una considerable proporción de mujeres del estrato socioeconómico bajo ser solo dueña de casa es una meta deseable. Esta opción, en cierto sentido, se vincula a la realidad vista en sus madres, para quienes tener una actividad externa al hogar significa, en la práctica, una remuneración que no satisface las aspiraciones ni compensa la doble jornada de trabajo.

Las y los adolescentes del estrato alto consideran a sus padres referentes válidos de sus aspiraciones de vida futura. No se percibe en ellos una necesidad imperiosa de independencia y tienden a planificar un futuro formando parte de la familia de origen por un período que se extiende hasta prácticamente el establecimiento de un proyecto de pareja autónomo. En cambio, en las y los adolescentes del estrato bajo las aspiraciones de vida futura difieren del modo de vida de sus progenitores, puesto que aspiran fundamentalmente a ascender social y económicamente.

Para los adolescentes, en general, ubicarse en el campo de las alternativas laborales suele ser complicado. Para orientarse en este ámbito, el 41,3 por ciento de los hombres declara hablar de su vida futura con ambos padres, mientras que las mujeres declara hacerlo en el 36,1 por ciento. La tendencia a conversar con ambos padres va decreciendo a medida que se desciende en la escala social: en el estrato alto, lo hace casi un 50 por ciento, en el medio un 40 por ciento y en el bajo un 32,5 por ciento.

Cuando se trata de trabajo, la figura paterna adquiere mayor importancia, especialmente en el varón, influido por un proceso de socialización en el que la sociedad muestra al padre como el principal actor en el ámbito público, no doméstico. En general, se perfila una tendencia a conversar sobre el futuro laboral con el padre del mismo sexo, excepto en el estrato más bajo, donde el principal referente para la interacción es la madre.

En este mismo ámbito de la orientación respecto del futuro laboral, los amigos tienen una importancia bastante menor, pues declara recurrir a ellos solo un 13,8 por ciento de los adolescentes. Por otro lado, los profesores son elegidos como interlocutores respecto al tema laboral apenas por un 1,5 por ciento de los adolescentes, mientras que en lo relacionado con los estudios es la opción de un 14,2 por ciento de los encuestados. Es claro, así, que su importancia se restringe al ámbito académico y no se proyecta al plano del trabajo futuro.

En el ámbito laboral, la mayoría de los adolescentes discrepa decididamente con estereotipos culturales que limitan el desarrollo femenino y degradan la posición de la mujer en la sociedad, como los que reflejan las siguientes afirmaciones: "solo los hombres pueden ejercer cargos de importancia", "las mujeres solo debieran trabajar

cuando existan problemas económicos en el hogar”, “las mujeres y los hombres no deben ganar el mismo sueldo, si ocupan el mismo puesto”, o “una mujer no tiene muchas oportunidades de llegar a ser una profesional”. Sin embargo, se observan diferencias de opinión entre los sexos, disminuyendo en los hombres la vehemencia del rechazo a esos estereotipos y prejuicios: mientras un 20 por ciento de las mujeres expresa rechazo a los prejuicios expresados, un 15 por ciento de los hombres lo hace. El descenso en el rechazo masculino se produce frente a la alternativa que presenta a las mujeres ocupando puestos de categoría o importancia y recibiendo sueldos que “corresponden a los hombres”.

En síntesis, las razones que mueven a hombres y mujeres a desear trabajar difieren significativamente, y esa diferencia se vincula al rol de proveedor tradicionalmente asignado al hombre. Esta es la “razón” por la cual los hombres deben trabajar. Por el contrario, la mujer, si bien reconoce este rol en el hombre, desea, a través de su trabajo, romper con la dependencia a la cual tradicionalmente se ha visto expuesta. De ahí que, para ellas, en todos los niveles, trabajar significa ser autónoma y contribuir al ingreso familiar.

Aun cuando en el discurso los hombres sostienen una postura poco tradicional en torno al rol de la mujer, no ocurre lo mismo con la percepción de su rol, el que conciben fundamentalmente como trabajadores y sostenedores económicos del hogar. La mujer, en cambio, parece incluir de manera más consistente dentro de sus metas y roles una concepción más moderna de lo que quiere para sí. No obstante, ellas asumen de todas maneras que la crianza de los hijos es un rol que les compete principalmente. Esto hace que, a la hora de verse enfrentadas al rol de madre trabajadora, surjan importantes cuestionamientos que las hacen volver a evaluar la situación laboral, buscando nuevas alternativas que les permitan compatibilizar ambos roles. Para la gran mayoría de las mujeres, independientemente de su nivel socioeconómico, la opción principal es dejar de trabajar por un tiempo mientras los hijos están pequeños o bien contar con un trabajo de horario flexible o parcial, de tal manera que les permita estar con los hijos y no desplazar su socialización a terceros durante un período muy extenso. La presencia de la madre en la crianza de los hijos es un elemento que recibe una alta valoración en todos los estratos sociales.

3. Conclusiones

Los resultados de este estudio nos permiten trazar un mapa de algunos de los cambios que están operando en las relaciones de género en las generaciones más jóvenes en nuestro país.

A través de esta indagación, es posible constatar que en los primeros años niñas y niños ya expresan, si bien de manera incipiente, diferencias de género. Se destaca en los varones, en mayor medida que en las niñas, una sociabilidad orientada a establecer vínculos fuera de la familia junto a una mayor permeabilidad a la influencia de los medios de comunicación. Los niños y niñas reconocen algunas habilidades y competencias específicas de cada sexo, distinguiéndose los varones de las mujeres por su fuerza física y por una mayor competencia en las matemáticas; las niñas, en cambio, en la costura y el dibujo.

Lo anterior nos convoca a reflexionar sobre el rol que tiene la escuela como institución socializadora y formadora, al moldear tempranamente habilidades y destrezas, demarcar oportunidades e intervenir en las orientaciones y proyectos de vida de niños y niñas. Es aquí donde cobra sentido el imperativo de construir desde el aula las bases para la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres, particularmente frente a un cambio fundamental que tiene a esta generación como protagonistas y que expresan en particular las niñas. Ellas, al igual que los niños, se visualizan a futuro realizando actividades fuera de casa, trabajando como profesionales, en una proyección que anuncia la consolidación de un cambio iniciado en las generaciones de sus madres y abuelas.

Entre los adolescentes, este proyecto se mantiene vigente; mujeres y hombres tienen expectativas de completar la educación superior para alcanzar sus metas laborales. Expectativas y proyectos adquieren, sin embargo, connotaciones y significados particulares de acuerdo al género y al estrato socioeconómico al que los jóvenes pertenecen. Ello explica que las mujeres superen a los hombres en sus expectativas de estudiar y de adquirir herramientas para forjar su futuro en la educación formal. Contar con una carrera profesional o técnica significa una vía para lograr mayor independencia y autonomía: para las jóvenes de más ingresos, independencia de sus padres; y para aquellas que provienen de familias de menos ingresos, autonomía de sus parejas a futuro.

La vocación, como vector de las opciones en la definición del proyecto de estudio y laboral, solo es enunciada por los hombres de ingresos más altos, mientras que las mujeres valoran más el desarrollo personal. Se observa una continuidad en la construcción genérica de habilidades iniciada en la infancia; las mujeres expresan una mayor diversidad en la elección de sus preferencias de profesión, contrastando con la alta concentración de preferencias en el área de matemáticas expresada por los hombres.

En este estudio se constata la relevancia que la educación adquiere para la construcción del proyecto de vida de cada uno de estos jóvenes. Es por ello que creemos que los esfuerzos que la escuela realiza por apoyar la materialización de esos proyectos no deben perder de vista los sujetos que los sostienen: son jóvenes que tienen expectativas pero que, al mismo tiempo, ya vislumbran el horizonte de sus posibilidades reales y de las limitaciones a las que se verán expuestos en el futuro. La elección ante una variedad de contenidos vocacionales futuros no se hace necesaria ni exclusivamente de acuerdo con las aptitudes e intereses individuales; más bien, viene determinada por un sistema social que sustenta los estereotipos de género, que restringe y limita las opciones. En contraposición a ello, las adolescentes otorgan a la educación un carácter libertario, el de constituir un pilar y apoyo en la construcción de vidas distintas.

Los y las adolescentes desean conformar una familia en el futuro y quieren prepararse para ello. Estudiar o encontrar un buen trabajo son las condiciones que anteponen a tal decisión; entre las adolescentes, a diferencia de lo que ha ocurrido en generaciones anteriores, el matrimonio se retarda, dejando un espacio para la materialización de otras dimensiones de sus proyectos de vida.

Por otra parte, la idea de la igualdad entre hombres y mujeres tiene amplio respaldo entre estos adolescentes y decididamente forma parte de su discurso y proyecto

de vida. Una mirada detenida a la expresión concreta de la igualdad nos muestra los matices que ella adquiere: los adolescentes expresan su interés por participar en forma activa en las tareas domésticas y crianza de los hijos; se restan, sin embargo, de la posibilidad de participar en forma igualitaria con sus parejas en las tareas domésticas. En ello hay diferencias según estratos: mientras los adolescentes de estrato alto manifiestan más flexibilidad y apertura al cambio en los roles de género, en los adolescentes de estrato bajo aparece una mayor rigidez, expresada en una tendencia a considerar que existen ámbitos de exclusiva competencia femenina, como es el de las tareas domésticas. Estas diferencias nos lleva a pensar en el futuro de estos adolescentes. De no mediar un cambio, es posible ya aventurar que los hombres de este último estrato serán quienes ofrecerán más resistencia a entablar relaciones de género más igualitarias, reproduciendo —al menos parcialmente— los modelos tradicionales que hoy día parecen rechazar.

Asimismo, la fuerza con que los varones adhieren a la igualdad se debilita frente a temas como el de iguales ingresos por igual trabajo; se trata de que la idea del hombre proveedor no está ajena a las concepciones que sustentan los adolescentes de ambos sexos. En efecto, ellos y ellas esperan que el hombre aporte mayores recursos para el mantenimiento del hogar y, ante la necesidad de escoger, optan por el éxito profesional del hombre antes que por el de la mujer. Es aquí donde resulta importante sentar bases tendientes a una igualdad en el desarrollo de las potencialidades y las capacidades, y modificar contenidos que restringen de partida a las jóvenes en sus posibilidades. Es interesante, sin embargo, constatar que ellas y ellos conciben el rol de proveedor despojado de los atributos de autoridad y dominio que tradicionalmente se les ha asociado, inaugurando desde ahora un cambio en sus relaciones de género futuras.

Las adolescentes desean estudiar, tener una profesión; también desean formar una familia y tener hijos. Son ellas quienes avizoran posibilidades de realizar trabajo flexible o de medio tiempo, dejando en evidencia que el esfuerzo y el proyecto de compatibilizar trabajo y familia son fundamentalmente femeninos. Del mismo modo, son ellas quienes rechazan más fuertemente que los varones los prejuicios sexistas que las degradan. De esta forma, evidencian que la insistencia en la igualdad es también principalmente femenina, mientras que, sobre la base de las opiniones de los varones, se evidencia un mayor grado de contradicción respecto a las distintas dimensiones de la igualdad.

En definitiva, estos indicios nos confirman que estamos frente a una generación que hará cambios y que, para realizarlos, requieren de nuestro apoyo y estímulo. Los jóvenes encuentran ese apoyo en padres, hermanos, amigos, mientras la escuela y los profesores tienen una presencia restringida a algunos temas y solo en los estratos de menos ingresos. Constatamos que hay un amplio rango de temas que preocupan a los jóvenes, sobre los cuales la escuela no establece interlocución. Estimamos que esta no puede permanecer neutra y restarse al desafío de apoyar día a día la construcción de la igualdad entre hombres y mujeres.

Bibliografía

- Bravo Díaz, Camila. 1986. "Los estudiantes chilenos: análisis de los factores estructurales y de socialización influyentes en sus aspiraciones y expectativas laborales". Seminario para optar al título de Ingeniero en Matemáticas. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Etchegaray, Fernando. 1986. "Proyecto ASOPE, Aspiraciones Escolares y Orientación Profesional de los Estudiantes". Seminario de título. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Fuente, Georgina. 1989. "Expectativas del rol femenino en una muestra de adolescentes varones". Seminario de título. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Montecinos, Carmen. 1978. "Vocación y personalidad: un estudio sobre variables de conducta vocacional y personalidad en estudiantes chilenos de tercer año de enseñanza media científico humanista". Seminario de título. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Rodó, Andrea; Dariela Sharim, Uca Silva. 1993. "Los nuevos roles y la construcción de identidad femenina". *Documento de Trabajo* 144 (Programa Estudios de Género, SUR). Santiago: Ediciones SUR.
- The Gallup Organization. 1997. "Procesos de socialización y percepciones asociadas al trabajo, en niñas y jóvenes estudiantes de enseñanza básica de Santiago". Santiago: Sernam.
- Valdés, Teresa. 1991. "Ser mujer en sectores populares urbanos (Chile)". En: T. Valdés, *Comportamiento reproductivo, significaciones y vida cotidiana en sectores populares urbanos*. Informe final de investigación. Santiago: Flacso.